

Año Jubilar de San José. Reflexiones en torno a la *Patris Corde*

El 8 de diciembre de 2020 se hizo pública la carta apostólica *Patris Corde* del papa Francisco, convocando el año jubilar de san José, con motivo del 150 aniversario de la declaración de san José como patrono de la Iglesia universal.

La declaración de hace 150 años se hizo con un decreto de la entonces llamada Sagrada Congregación de Ritos (hoy, Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos), de nombre *Quemadmodum Deus*, el 8 de diciembre de 1870, bajo el pontificado del beato papa Pío IX. Esta declaración se sitúa en un contexto determinado, recogido en el mismo documento:

“Y puesto que en estos tiempos tristísimos la misma Iglesia es atacada por doquier por sus enemigos y se ve oprimida por tan graves calamidades que parece que los impíos hacen prevalecer sobre ella las puertas del infierno, los venerables obispos de todo el orbe católico, en su nombre y en el de los fieles a ellos confiados, elevaron sus preces al Sumo Pontífice para que se dignara constituir a san José por patrono de la Iglesia.”¹

El mismo pontífice *“conmovido por la luctuosa situación de estos tiempos, para ponerse a sí mismo y a todos los fieles bajo el poderosísimo patrocinio del santo patriarca José, quiso satisfacer los votos de los obispos y solemnemente lo declaró Patrono de la Iglesia Católica.”²*

A este documento le sucedieron otros documentos importantes sobre la figura de San José en los pontificados siguientes: La encíclica *Quamquam Pluries* de León XIII, sobre la devoción a San José, (1889); la encíclica *Bonum Sane* de Benedicto XV (1920), en el cincuentenario de la proclamación de San José como patrono de la Iglesia; la carta apostólica *La voz de todos (Le voci que da tutti)*, de san Juan XXIII (1961), sobre la devoción al santo; la exhortación apostólica *Redemptoris Custos*, de san Juan Pablo II (1988), sobre la figura y la misión de san José en la vida de Cristo y de la Iglesia, en el centenario de la *Quamquam Pluries*; y la carta apostólica *Patris Corde* del papa Francisco, con la que convoca el presente año jubilar de san José.

En la *Redemptoris Custos*, el documento más completo –a nuestro juicio- dentro del magisterio pontificio, san Juan Pablo II manifestó la intención de la encíclica: *“para que en todos crezca la devoción al Patrono de la Iglesia universal y el amor al Redentor, al que él sirvió ejemplarmente. De este modo, todo el pueblo cristiano no sólo recurrirá con mayor fervor a san José e invocará confiado su patrocinio, sino que tendrá siempre presente ante sus ojos su humilde y maduro modo de servir, así como de «participar» en la economía de la salvación. Considero, en efecto, que el volver a reflexionar sobre la participación del Esposo de María en el misterio divino consentirá a la Iglesia, en camino hacia el futuro junto con toda la humanidad, encontrar continuamente su identidad en el ámbito del designio redentor, que tiene su fundamento en el misterio de la Encarnación.”³*

¹ *Quemadmodum Deus*, § 3.

² *Ibidem*.

³ *Redemptoris Custos*, 1.



El papa Francisco, por su parte, también manifiesta la intención de su carta apostólica *Patris Corde*, cuando dice que escribe: *“para compartir con ustedes algunas reflexiones personales sobre esta figura extraordinaria, tan cercana a nuestra condición humana. Este deseo ha crecido durante estos meses de pandemia, en los que podemos experimentar, en medio de la crisis que nos está golpeando, que «nuestras vidas están tejidas y sostenidas por personas comunes —corrientemente olvidadas— que no aparecen en portadas de diarios y de revistas, ni en las grandes pasarelas del último show pero, sin lugar a dudas, están escribiendo hoy los acontecimientos decisivos de nuestra historia: médicos, enfermeros y enfermeras, encargados de reponer los productos en los supermercados, limpiadoras, cuidadoras, transportistas, fuerzas de seguridad, voluntarios, sacerdotes, religiosas y tantos pero tantos otros que comprendieron que nadie se salva solo. [...] Cuánta gente cada día demuestra paciencia e infunde esperanza, cuidándose de no sembrar pánico sino corresponsabilidad. Cuántos padres, madres, abuelos y abuelas, docentes muestran a nuestros niños, con gestos pequeños y cotidianos, cómo enfrentar y transitar una crisis readaptando rutinas, levantando miradas e impulsando la oración. Cuántas personas rezan, ofrecen e interceden por el bien de todos». Todos pueden encontrar en san José —el hombre que pasa desapercibido, el hombre de la presencia diaria, discreta y oculta— un intercesor, un apoyo y una guía en tiempos de dificultad. San José nos recuerda que todos los que están aparentemente ocultos o en “segunda línea” tienen un protagonismo sin igual en la historia de la salvación. A todos ellos va dirigida una palabra de reconocimiento y de gratitud.”*⁴

Y al final de ésta, escribe: *“El objetivo de esta Carta apostólica es que crezca el amor a este gran santo, para ser impulsados a implorar su intercesión e imitar sus virtudes, como también su resolución.”*⁵

Sin duda no estamos en los *tiempos tristísimos y de calamidades* de 1870, a juicio de la *Quemadmodum Deus*, pero el desarrollo de la pandemia, desde febrero de 2020, ha supuesto una situación difícil y un cambio de rumbo al conjunto de las naciones, generando en la población en general estados de confusión y desconcierto, de desesperanza e, incluso, miedo, a la vista de la deficiente gestión sanitaria, política, económica y social de la pandemia, por parte de los gobiernos de las naciones.

El papa Francisco destaca por ello el valor del ingente número de ciudadanos que, de manera anónima, “oculta”, conscientes de su responsabilidad, han hecho posible que la vida social no se vea mermada, evitando sembrar el pánico, desde la paciencia, la esperanza y la corresponsabilidad. Y pone a San José como modelo del hombre que *“pasa desapercibido, el hombre de la presencia diaria, discreta y oculta”*, en el que podemos encontrar *“un intercesor, un apoyo y una guía en tiempos de dificultad”*.

Ofrecemos en este trabajo una serie de reflexiones a la luz de la Carta apostólica *Patris Corde*, que puedan ayudarnos a aplicar en la vida ordinaria los principios fundamentales que —no sin cierta originalidad— el papa Francisco ofrece a la Iglesia en estos *“tiempos de dificultad”* que nos tocan vivir, para vitalizar nuestra vida y nuestro testimonio cristiano, contando con el apoyo y la guía del Santo Patriarca, custodio del Señor con corazón de padre.

⁴ *Patris Corde (PC)*, § 6.

⁵ *PC*, Apéndice.

Un marco para nuestra reflexión: el valor de la familia cristiana.

Precisamente el papa Francisco, el 19 de marzo de 2016, solemnidad de san José, firmó la Exhortación Apostólica *Amoris Laetitia*, sobre el amor y la familia, ofreciéndonos en ella una profunda reflexión sobre el estado actual de la familia y los desafíos a los que tiene que enfrentarse de cara a un futuro que Francisco, como cualquier cristiano, desea y anhela que esté marcado por la esperanza. En el capítulo segundo de esta Exhortación encontramos esta reflexión que recoge las aportaciones de los Padres sinodales en el Sínodo extraordinario de obispos sobre la familia, bajo el lema “*Los desafíos pastorales de la familia en el contexto de la evangelización*” (octubre de 2014) y el Sínodo ordinario de obispos en 2015, que trató un tema similar: “*Jesucristo revela el misterio y la vocación de la familia*”. Las aportaciones de ambos Sínodos de obispos se recogen en *Amoris Laetitia*, del que tomamos algunos datos que enmarquen nuestra reflexión sobre la figura de San José, a la luz de la carta *Patris Corde*.

Compleja y envuelta entre luces y sombras, la realidad de la familia se nos presenta hoy como un auténtico reto de cara a la evangelización. La familia sobrevive en medio de una decadencia cultural, que exalta lo provisional y la satisfacción de lo inmediato. Fruto del individualismo, que marca la configuración del desarrollo de la humanidad, los vínculos familiares se desvirtúan y vamos encontrando a individuos que se aíslan, sin referencia a los valores que ofrece la experiencia de la familia y despojados del sentido de pertenencia. Así encontramos una juventud que construye su presente según sus propios deseos, enfrentada a veces al orden y la armonía del ámbito de la familia, generándose a veces dinámicas de intolerancia y agresividad. Lo cierto es que la familia es atacada desde diversos frentes y aparece desasistida de instituciones sociales que debieran ampararla.

Vivimos en la cultura de lo inmediato, en un ritmo de vida caracterizado por el estrés; una organización social y laboral que ponen en riesgo la posibilidad de opciones permanentes, con lo que la familia se puede convertir en un lugar de paso, donde las relaciones padres e hijos, incluso el vínculo matrimonial, se sienten agredidos en el compromiso de exclusividad y de estabilidad. El conjunto de la familia se siente amenazado por las conveniencias parciales de sus miembros o por los caprichos de la sensibilidad.

La cultura actual rebaja del valor del matrimonio, obstaculizando la opción de muchos jóvenes al mismo y evitando sea la base para la constitución de la familia. La influencia de determinadas ideologías oculta el valor del matrimonio y la familia, agravado por el fracaso matrimonial, verdadera epidemia del tiempo presente, por una concepción epidérmica, temporal y meramente emocional del amor y por el descenso demográfico, provocado por una mentalidad antinatalista y por políticas mundiales de salud reproductiva.

Una de las mayores pobreza de la cultura actual es la soledad, fruto de la ausencia de Dios en la vida de las personas y de la fragilidad de las relaciones. Hay una sensación general de impotencia frente a la realidad socioeconómica que a menudo acaba por aplastar a las familias.

Los movimientos de población son otro fenómeno con importantes consecuencias sobre la vida de las familias, que resultan especialmente dramáticas y devastadoras, tanto para las familias como para



las personas, cuando tienen lugar fuera de la legalidad y son sostenidas por los circuitos internacionales de la trata de personas. El acompañamiento de los migrantes exige una pastoral específica, dirigida tanto a las familias que emigran como a los miembros de los núcleos familiares que permanecen en los lugares de origen.

Frente a la “cultura de lo provisional” la Iglesia debe ofrecer el valor del sentido de pertenencia, del trabajo, del compromiso permanente, del compartir fraterno y amigo, del equilibrado uso del ocio para que la familia pueda adquirir fuerza como vehículo de evangelización en medio de la cultura deshumanizada y deshumanizadora que nos atenaza.

Por ello el papa Francisco insiste en los derechos de la familia, y no solo en los derechos individuales. La familia es un bien del cual la sociedad no puede prescindir, pero necesita ser protegida. La defensa de estos derechos es una llamada profética en favor de la institución familiar que debe ser respetada y defendida contra toda agresión, sobre todo en el contexto actual donde suele ocupar poco espacio en los proyectos políticos. Como alternativas el papa señala el logro posible de una adecuada política familiar por parte de las autoridades en el terreno jurídico, económico, social y fiscal. El derecho a una vivienda digna, apta para la vida familiar y proporcionada al número de sus miembros, en un ambiente físicamente sano, que ofrezca los servicios básicos para la vida de la familia y de la comunidad. Y un trabajo decente.

Evidentemente la Iglesia no puede renunciar a proponer el matrimonio y la familia desde las claves del evangelio de Jesús, dejándonos arrastrar por la sensibilidad actual, por las modas del momento presente o por un complejo de inferioridad frente al descalabro moral y humano que sufrimos. Es por ello que la Iglesia ha de ofrecer espacios de acompañamiento y asesoramiento sobre cuestiones relativas al ideal del matrimonio cristiano, a la educación de los hijos, a la superación de los conflictos y al conjunto de valores humanos y sociales que la familia siempre ha defendido para bien del hombre y el progreso de la sociedad.

Si bien es cierto que la decadencia cultural que sufrimos, agravada por los efectos de la pandemia que nos azota desde 2020, no promueven el amor y la entrega, hemos sido testigos en la población en general, durante los momentos más críticos de la pandemia, de comportamientos verdaderamente ejemplares que alentaban a la esperanza.

La Iglesia, madre y maestra, tiene que enseñar, a la luz del evangelio, animar y acompañar a la familia cristiana en todo el proceso de crecimiento en el amor, la superación de conflictos y la educación de los hijos, proponiendo una pastoral familiar positiva y acogedora, que posibilite una profundización gradual de las exigencias del Evangelio y de una sincera y comprometida comunión eclesial.

San José en la *Patris Corde*. Reflexiones.

El papa Francisco destaca como seis destellos de la paternidad de san José, una “paternidad” que alcanza a todo aquel que se preocupa por los demás, que da la vida en servicio de su prójimo, pues como escribe en la carta apostólica: *“todas las veces que alguien asume la responsabilidad de la vida de otro, en cierto sentido ejercita la paternidad respecto a él”*⁶. Esos destellos o ráfagas de la

⁶ PC, 7 § 2.



misericordia de Dios sobre el hombre son personificados en san José como una auténtica corona de luz, que ha de iluminar al mundo y a la Iglesia en este momento histórico. Es fruto del patronazgo de san José sobre la Iglesia y sobre cada uno de los bautizados.

1. Padre amado.

La grandeza de san José, piensa el papa Francisco, consiste en el hecho de que fue el esposo de María y el padre de Jesús. Todas las otras virtudes de san José están en relación con esta elección que Dios hizo de este hombre justo y bueno.

Siguiendo a san Pablo VI considera Francisco que la paternidad de san José se manifestó concretamente al haber convertido su vida en un servicio, un sacrificio al misterio de la Encarnación y a la misión redentora de Jesús, en una ofrenda total de sí mismo, de su corazón y de toda capacidad en el amor puesto al servicio del Mesías.⁷

El pueblo cristiano ha tenido siempre una profunda devoción de amor y admiración por la figura del Santo Patriarca tanto por su papel en la historia de la salvación, como por la fuerza de su intercesión y patronazgo. Es verdad que, mediado el siglo XX, ante el firme proceso de secularización vivido, la devoción y el culto a los santos sufrió un largo proceso de enfriamiento en la piedad de los fieles.

En estos tiempos nuestros, entrados en el tercer milenio y enfrentando una situación un tanto oscurantista en las razones que originan y el proceso que enfrenta una pandemia, como la que arrastramos del Covid-19, si contemplamos a la familia, como célula y origen de la sociedad humana, nos encontramos con una suma de contrariedades asombrosas.

La figura paterna en sí misma está hoy en entredicho en medio de leyes y normas sociales, impuestas desde una corrección política que desdibuja su valor y su implantación en el propio ámbito familiar y en la sociedad. Ser padre y padre amado, reconocido, valorado, se ha convertido en todo un esfuerzo titánico para el hombre de hoy, porque las bases antropológica, socio-política, e incluso económica, sobre las que se asentaba su perfil están rotas o en permanente transformación, frente a determinado feminismo imperante y cierta comprensión novedosa del matrimonio y la familia de corte tradicional.

Proponer a san José como “padre amado” es un riesgo de evangelización. Supone una manera de comprender qué es ser hombre y mujer en medio del mundo, a la luz de la Revelación, con determinado asiento en la Escritura; en el sedimento de una cultura y tradición cristiana, que es constantemente atacada y puesta en entredicho por los imperativos del tiempo presente.

De todas formas, ese es el reto que, al parecer, el papa Francisco traza a la hora de reconocer la paternidad del santo como destello, ráfaga de la misericordia de Dios, para el tiempo presente. El valor está en la ofrenda de sí, el vaciamiento del padre en servicio del hijo. Y lógicamente vender esto en el mercado público, cuando el crecimiento del yo, la fuerza del ego, la importancia de lo mío frente

⁷ Cf. *PC*, 1 § 2.



a lo nuestro, a lo de nosotros en el ámbito familiar, se vende como conquista del hombre contemporáneo.

Un padre así, como san José: valorado, querido, amado, rompe esquemas y traza líneas de donación, de entrega, de esfuerzo, de sacrificio, para sostener la familia, para protegerla, cuidarla y darle sentido de base, cimiento, célula de la sociedad. Y es un aldabonazo frente a un mundo que ignora la historia del pensamiento, que ha olvidado las conquistas del hombre en su proceso de humanización y socialización; que ha trastocado el sentido del matrimonio, que ha generado nuevas formas de ser familia, lejos de la no siempre pacífica concepción que configuró los pueblos, empezando por Occidente; que ha catapultado las relaciones sociales hasta grados insospechados, agravado últimamente por la pandemia que nos azota.

Fijar la atención en san José como padre amado, ante todo por la familia sagrada a él encomendada, y por el pueblo cristiano en los siglos, como demuestra su memoria en nombre e imagen en infinidad de lugares del orbe, es un acicate para esforzarnos en vivir y trazar espacios de familia con verdadera raíz cristiana; para mirar el futuro con determinada esperanza en el poder de las relaciones familiares sanas, cuidadas y protegidas, para que las estructuras de la sociedad y el estado puedan tener una base firme que autentifique el valor verdaderamente humano de su existencia y desarrollo.

2. Padre en la ternura.

En el cuidado de la Sagrada Familia san José expresó siempre una singular ternura. Por el cuidado y protección de Jesús vivió, junto con la Virgen María, momentos de angustia y persecución. Siempre y en todo fue el fiel compañero y protector, alcanzando fuerza en su debilidad para hacer posible que se cumplieran los planes de Dios. Como dice el papa Francisco *“Jesús vio la ternura de Dios en José”*⁸

*“La historia de la salvación se cumple creyendo «contra toda esperanza» (Rm 4,18) a través de nuestras debilidades. Muchas veces pensamos que Dios se basa sólo en la parte buena y vencedora de nosotros, cuando en realidad la mayoría de sus designios se realizan a través y a pesar de nuestra debilidad.”*⁹ Por eso, *“debemos aprender a aceptar nuestra debilidad con intensa ternura.”*¹⁰

En un mundo como el nuestro, envuelto en serias dificultades para la humanidad, es urgente una conversión a la ternura que enfrente nuestras debilidades, nuestras zozobras y miedos. Una ternura trazada desde la gracia de Dios, desde la fortaleza de la fe y la activa esperanza, que nos haga mirar tanto el pasado con equilibrio de emociones, el presente con decidida determinación y el futuro con misericordia. La ternura, como expresión de la caridad fundada en Cristo, puede cambiar el mundo a mejor. Es esperanza cristiana, que confundirá a los fuertes y poderosos. Es la esperanza de los pobres de Dios. Es la victoria de la caridad.

⁸ PC, 2 § 1.

⁹ PC, 2 § 3.

¹⁰ PC, 2 § 4.

La ternura de San José en el cuidado de Jesús y de su esposa, María, es una escuela para el cristiano, que ayudará a fortalecer a la familia como sociedad natural fundada en el matrimonio, para el bien y el progreso de la sociedad. Porque la ternura ayuda madurar a la persona, hace posible el cultivo de los valores comunitarios y facilita la opción por valores éticos para el colectivo humano.

Frente a la enfermedad de la ansiedad que provoca la situación política y socio- económica de nuestras sociedades, con todas las variantes geográficas posibles, la “revolución de la ternura” ayuda a buscar planteamientos educativos más humanizadores, a luchar por establecer situaciones laborales más dignas y fiables para permitir el sostenimiento de las familias.

Humanizar la familia, las relaciones sociales, la política, la economía, el trabajo, la convivencia... requiere activar en nosotros, en los gobernantes, en nuestros empresarios y trabajadores, en los servidores públicos, el ejercicio de la ternura, del sentimiento que permite considerar al otro merecedor de cercanía, aceptación, afecto. La ternura dignifica al otro, lo empodera frente a nuestro ego enfermo, al individualismo, al egoísmo. La ternura, la delicadeza, la gratuidad frente al otro nos hacen a nosotros más seguros, más firmes en nuestras convicciones, no para imponerlas, sino para compartirlas; más abiertos para aceptar la diversidad, la diferencia, las alternativas.

La ternura habla siempre de gratuidad. Lo gratuito no vende en nuestro mundo, donde las relaciones se establecen debido a un mercantilismo de intereses y derechos. Y aquí la figura de san José se hace una vez más gigante, pues toda su vida, envuelto en el silencio inquietante con que nos lo presentan los evangelios, está centrada precisamente en la gratuidad frente a la voluntad expresa de Dios sobre su vida y misión.

La gratuidad de San José en su entrega, expresada en la ternura, nos lo agiganta como maestro de vida y de verdad, en el cuidado amoroso de Jesús con corazón de padre; en la fidelidad hacia su esposa, María, siendo el compañero fiel de camino y custodio de la familia y –al fin- como protector de la Iglesia que camina en la historia en medio de periodos de zozobras y bonanzas.

Ternura frente a problemas difíciles como la drogodependencia en las familias, verdadera plaga de nuestra época, el alcoholismo, el juego y otras dependencias. La familia es lugar ideal para la prevención y la contención, en la educación de nuestros niños y jóvenes, pues tiene posibilidades de reacción para ayudar a sus miembros, precisamente por la capacidad de ternura, de gratuidad que provoca el amor limpio, el que puede evitar ese panorama desolador de familias destrozadas, hijos desarraigados, ancianos abandonados, niños huérfanos de padres vivos, adolescentes y jóvenes desorientados y sin reglas.

3. Padre en la obediencia.

La obediencia de san José fue siempre fiel e inmediata a la voluntad de Dios, según se le iba manifestando. Los cambiantes planes en la infancia de Jesús no alteraron su armonía interior, su fortaleza en la esperanza. Como dice el papa Francisco *“en cada circunstancia de su vida, José supo*

pronunciar su “fiat”, como María en la Anunciación y Jesús en Getsemani” (PC, 3). Es el “fiat”, el “hágase” de apertura a la obediencia al plan de Dios. Es vivir aquella petición del Padrenuestro de “hágase tu voluntad” en todo. Por ello san José, llamado por Dios para servir directamente a la persona y a la misión de Jesús mediante el ejercicio de su paternidad, cooperó de manera singular en la obra de la redención y fue un verdadero maestro para Jesús y un modelo de fidelidad.

El cristiano hoy, frente a un mundo desorientado y roto, necesita convertir su corazón a la obediencia y disponibilidad a la voluntad de Dios. La escucha de la Palabra de vida, la comunión con la Iglesia, el ejercicio de la caridad, generarán en las comunidades cristianas una fuerza evangelizadora que permitirá trazar caminos de esperanza para el mundo. Somos responsables de construir un mundo nuevo y el camino de la obediencia a Dios es el único posible para lograrlo.

Es evidente que en una cultura como la actual la palabra obediencia provoca, si no rechazo, sí –al menos- una profunda indiferencia. Es tanto el valor desorbitado del “ego”, expresado en un individualismo ciego que niega al otro, su existencia y sus derechos; que anula el “nosotros” y el bien del compartir y de la entrega, que es titánico el esfuerzo por dar valor a la obediencia como un bien tanto personal como colectivo.

Sabemos que la obediencia es un bien para el hombre, pues en la obediencia nos hacemos responsables, co-responsables de colaboración y participación en el colectivo humano. La obediencia potencia las relaciones, la convivencia y las tareas productivas de la comunidad. Para ello no podemos reducir la obediencia sólo a acatar las normas dictadas, las reglas establecidas y los comportamientos marcados. Obedecer es, ante todo (*ob-audire* latino) escuchar, estar atento a aquello que es necesario, útil para el bien. El que obedece acepta previamente como bueno al que manda, al que dicta la norma (persona o institución). Si no es así, no podemos hablar de obediencia, sino de sumisión o esclavitud. El hombre libre no se somete, no es esclavo. Pero el hombre verdaderamente libre sí es obediente. Y obedece porque reconoce y acepta que la determinación tomada, la obra a realizar está orientada al bien de la persona que obedece y del colectivo al que sirve.

La obediencia de San José es –ante todo- a Dios, a la voluntad de Dios, expresada en los evangelios, tanto en la espera de Jesús como en su infancia. Y no sólo obedeció los mensajes recibidos según el plan de Dios, sino que acató con fidelidad las leyes que regían en aquel tiempo, como por ejemplo, los ritos de la circuncisión de Jesús, la purificación de María después del parto y en especial, la presentación del Niño en el Templo.

Es de resaltar el profundo equilibrio interior y la fortaleza de espíritu de José al ir obedeciendo el plan de Dios según se le iba revelando, colaborando así –de manera singular- en la obra de la redención. Si podemos hablar de “revolución de la ternura” tan necesaria en el momento histórico que nos ocupa, podríamos hablar también de una necesaria y verdadera revolución de la ductilidad del espíritu en el cristiano de nuestro tiempo, de cara a la disponibilidad, la entrega, el riesgo y la fidelidad, para transformar este mundo nuestro, frente a tanto individualismo y tanto egoísmo y tanto narcisismo y tantos intereses bastardos, partidistas y oscuros, como tenemos que sufrir en la cultura y los moldes sociales que se nos imponen.

4. Padre en la acogida.

“José no es un hombre que se resigna pasivamente, escribe el papa Francisco. Es un protagonista valiente y fuerte. La acogida es un modo por el que se manifiesta en nuestra vida el don de la fortaleza que nos viene del Espíritu Santo. Sólo el Señor puede darnos la fuerza para acoger la vida tal como es, para hacer sitio incluso a esa parte contradictoria, inesperada y decepcionante de la existencia.”¹¹

Ante las dificultades del tiempo presente no vale la mera resignación pasiva. Hemos de luchar contra el miedo paralizante que a veces invade al mundo. La vida, regalo de Dios, es demasiado hermosa como para desgastarla sin compartirla. La acogida de nuestro prójimo, sin exclusiones, de manera especial con aquellos más pobres y necesitados, es un grito de evangelio, que confundirá a los fuertes, a los que quieren trazar un mundo y una historia sin Dios, unas estructuras sociales de exclusión y descarte. Hacen falta testigos fieles del evangelio para combatir el buen combate de la fe. Y san José es –de nuevo- maestro y compañero en esta tarea apasionante.

San José acogió a María sin condiciones previas, gesto que reconoce el papa Francisco como importante *"en este mundo donde la violencia psicológica, verbal y física sobre la mujer es patente"*.¹² Esta acogida estaba asentada en el amor profundo por la que sería su esposa y la singular revelación de la voluntad de Dios. Aún más asombra de qué manera José acoge incluso aquellos acontecimientos que escapan de la lógica, dejando de lado sus razonamientos. La vida espiritual de José no busca explicaciones, argumentos, seguridades... acoge sin más, desde la sencillez, lo que no significa que se dejara llevar por la resignación pasiva.¹³ José es un hombre de fe, es un creyente, protagonista de sus propias opciones, jamás apartado de la voluntad de Dios, porque es hombre justo. Su protagonismo –como comenta el papa Francisco- es valiente y fuerte, enraizado en la fortaleza del Espíritu, asentado en la esperanza que no defrauda; enfrentando incluso esa cara contradictoria, inesperada y decepcionante de la existencia.¹⁴

En una cultura como la nuestra, asentada fuertemente en el descarte del que es diferente, hacer opción por la acogida, como actitud de fe, fruto de la acción del Espíritu Santo en nosotros es una actitud de riesgo de cara a la evangelización, al anuncio del nombre de Jesús.

Aplicado esto al mundo de la política y las relaciones sociales, la acogida se nos muestra como el camino más veraz, más limpio y justo para alcanzar la paz y la concordia. No cabe duda de que los extremismos nacionalistas y fundamentalistas, que brotan a cada paso en el proceso de la historia, son un verdadero obstáculo para conseguir un orden mundial concorde con los valores del evangelio. Los cristianos debiéramos aprender a integrar en la convivencia el valor de la acogida, desde un profundo respeto a las diferencias, para poder, también desde el respeto y la concordia manifestar con la vida y la palabra el anuncio de los valores del evangelio.

¹¹ PC, 4 § 4.

¹² PC, 4 § 1.

¹³ Cf PC, 4 § 2 y 4.

¹⁴ Cf PC, 4 § 4.



Sin duda que en el campo de la familia la acogida es fundamental para trazar espacios de convivencia concorde y respetuosa. Tanto en el proceso de crecimiento de las relaciones de la pareja en el matrimonio, como en las relaciones con los hijos, según los procesos evolutivos de la persona, la acogida hace posible que se construya un “nosotros”, donde el sentido de pertenencia y los afectos no sufran las convulsiones que hoy se sufren en muchos hogares.

Construir el “nosotros” supone mucha capacidad de comprensión, de respeto, de perdón y reconciliación. Sólo así es posible acoger, sabiendo que el que es diferente a mí perfila mi mismidad. El “otro”, diferente a mí, me ayuda a ser yo mismo, a conocerme en mis fundamentos y mis límites. El “nosotros” no es posible desde la clonación de ideas y voluntades, desde la uniformidad y la intolerancia a lo diferente. El “nosotros” es posible si experimentamos que el amor y el respeto conducen a una aceptación del “otro”, a una acogida integral de las diferencias, de las matizaciones diversas, de las contradicciones, de los errores, de lo decepcionante, como bien explica el papa Francisco.

La acogida nos hace ser buenos, con los ojos bien abiertos a la realidad, con el corazón y las manos firmemente asidos a los valores de Jesús que el evangelio nos transmite. Sabemos que es obra, gracia, don, dádiva del Espíritu Santo a nuestro corazón creyente. Esto no significa –insistimos- que nos dejemos llevar por una resignación pasiva que silencie u oculte la verdad de Jesús, los valores de Jesús. Con la misma fortaleza y valentía hemos de dar la cara, el corazón y la vida en expresar con hechos y palabras, donde está el fundamento evangélico de nuestro ser y estar en el mundo: el valor y dignidad de la persona, el sentido cristiano de la familia, del matrimonio, de la educación de los hijos; el fundamento cristiano de la sociedad humana: la libertad, la justicia, la paz, el derecho de los pobres y necesitados, etc.

5. Padre de la valentía creativa.

Posiblemente sea este el destello más llamativo y novedoso de los que señala el papa Francisco en su Carta apostólica, relativos a su paternidad sobre Jesús y patronazgo sobre la Iglesia.

José, con todas sus virtudes humanas, destacadas y reconocidas por el Pueblo de Dios, es una exquisita mediación en la misión de Jesús para la redención del mundo. Escribe el papa que *“José era el hombre por medio del cual Dios se ocupó de los comienzos de la historia de la redención. Él era el verdadero “milagro” con el que Dios salvó al Niño y a su madre. El cielo intervino confiando en la valentía creadora de este hombre”*.¹⁵ Valentía creativa para enfrentar las dificultades, para solventar situaciones, para resolver conflictos, para proteger al Niño y a su Madre.

El ser humano tiene una impresionante capacidad para alcanzar recursos inesperados con los que enfrentar los problemas que se le van presentando en la vida. Sin duda es don que hay que desarrollar a base de aprendizaje y experiencia, también –cómo no- a través del estudio y la capacitación intelectual. Pero todos, con mayor o menor efectividad, tenemos esa capacidad. Descubrirla y activarla es tarea personal y responsabilidad de educación y formación en la familia y la escuela.

¹⁵ PC, 5 § 2.

Estamos hablando de los talentos citados en el evangelio¹⁶. A cada uno según su capacidad, pero con la certeza de que la gracia de Dios se nos da en esta misma naturaleza humana, que es creadora y original, a través del buen uso de los talentos que el mismo Dios, como don, nos ha otorgado. La capacidad del ser humano es imprevisible para crear, para *“transformar un problema en una oportunidad, anteponiendo siempre la confianza en la Providencia”*¹⁷, como san José.

La valentía creativa *“surge especialmente cuando encontramos dificultades. De hecho, cuando nos enfrentamos a un problema podemos detenernos y bajar los brazos, o podemos ingeniárnoslas de alguna manera. A veces las dificultades son precisamente las que sacan a relucir recursos en cada uno de nosotros que ni siquiera pensábamos tener.”*¹⁸

Es lección para la vida, de la que san José es esmerado maestro. La valentía es fruto de la fortaleza que otorga el Espíritu Santo. Valentía para enfrentar los problemas, los conflictos, y creatividad para encontrar soluciones. Creatividad en el amor, yendo de la mano la valentía creativa con la confianza en la Providencia. *“La Sagrada Familia tuvo que afrontar problemas concretos como todas las demás familias”*¹⁹

Somos conscientes de que vivimos tiempos difíciles, pues son muchos y variados los conflictos del mundo y fuente de confusión y contradicción la cultura o subculturas dominantes en una civilización en crisis. Pero precisamente por ello la fe cristiana descubre estas potencialidades para anunciar, viviéndolo con entusiasmo y esperanza, el evangelio de Jesús, para que el mundo crea.

“De san José –insiste el papa- debemos aprender el mismo cuidado y responsabilidad: amar al Niño y a su madre; amar los sacramentos y la caridad; amar a la Iglesia y a los pobres. En cada una de estas realidades están siempre el Niño y su madre”.²⁰

También nosotros podemos preguntarnos si con todas nuestras fuerzas nos complicamos la vida para proteger a Jesús y a María en el ahora de nuestra vida. Si somos valientes y creativos para resolver situaciones de conflicto, dificultades, cortapisas, frenos con los que el tiempo presente nos envuelve. Proteger a Jesús hoy supone proteger a todo aquél que se siente excluido y desplazado: pobres, necesitados, enfermos, indigentes, prisioneros, exiliados... Cada vez que protejamos a unos de estos es a Jesús quien protegemos.²¹

Cuidar al Niño y a su madre, amar a la iglesia y a los pobres, amar los sacramentos y la caridad... Esta es la apasionante tarea, el reto al que estamos llamados los cristianos hoy y poder vislumbrar un horizonte de esperanza para nuestras familias, para nuestras comunidades cristianas, para la iglesia y el mundo.

¹⁶ Cf. Mt 14, 25-30

¹⁷ PC, 5 § 3.

¹⁸ PC, 5 § 1.

¹⁹ PC, 5 § 6.

²⁰ PC, 5 § 10.

²¹ Cf Mt 25,40.

6. Padre trabajador.

Es uno de los rasgos más destacados de san José, hasta tal punto que el papa Pío XII instituyó en 1955 la fiesta de San José obrero, reconociéndolo como patrono de los trabajadores, y haciéndola coincidir con el 1 de mayo, día mundial del trabajo, con el fin de que *“el humilde obrero de Nazaret, además de encarnar delante de Dios y de la Iglesia la dignidad del obrero manual, sea también el pródigo guardián de vosotros y de vuestras familias”*²² y que *“la dignidad del trabajo sea reconocida por todos, y que ésta inspire la vida social y las leyes, basadas en el reparto equitativo de derechos y deberes.”*²³

Jesús aprendió en el hogar de Nazaret el valor, la dignidad y la alegría de lo que significa ganar el pan como fruto del propio trabajo. Aprendió en la escuela de la familia, ante el ejemplo de su madre y de san José, que es la persona quien confiere dignidad al trabajo que realiza, independientemente se trate de uno u otro trabajo. Es el trabajador quien dignifica el trabajo.

Dignificar el trabajo en clave cristiana supone descubrir que a través del trabajo digno y justo el ser humano participa en la obra de la salvación, como una oportunidad para acelerar la llegada del Reino de Dios, permitiendo el desarrollo de las propias potencialidades y cualidades para ponerlas al servicio de la sociedad. Así *“el trabajo se convierte en ocasión de realización no sólo para uno mismo, sino sobre todo para ese núcleo original de la sociedad que es la familia. Una familia que carece de trabajo está más expuesta a dificultades, tensiones, fracturas e incluso a la desesperada y desesperante tentación de la disolución.”*²⁴

Nuestra sociedad industrializada y secularizada, tecnológica y artificial, termina considerando al hombre como una pieza más del engranaje productivo y consumista. Frente a ello la visión cristiana del trabajo reclama, insiste, ofrece una perspectiva humanizadora y justa, para que el trabajador sea ante todo persona que pueda dignificar la tarea que realiza y que su trabajo le permita socializar con conciencia productiva para el bien y el equilibrio de la sociedad.

Por eso reflexiona Francisco en la *Patris Corde*: *“En nuestra época actual, en la que el trabajo parece haber vuelto a representar una urgente cuestión social y el desempleo alcanza a veces niveles impresionantes, aun en aquellas naciones en las que durante décadas se ha experimentado un cierto bienestar, es necesario, con una conciencia renovada, comprender el significado del trabajo que da dignidad y del que nuestro santo es un patrono ejemplar. La persona que trabaja, cualquiera que sea su tarea, colabora con Dios mismo, se convierte un poco en creador del mundo que nos rodea. La crisis de nuestro tiempo, que es una crisis económica, social, cultural y espiritual, puede representar para todos una llamada a redescubrir el significado, la importancia y la necesidad del trabajo para dar lugar a una nueva “normalidad” en la que nadie quede excluido.”*²⁵

²² Pío XII. *Discurso y radiomensaje de Su Santidad con motivo de la solemnidad de San José Obrero*, 1 de mayo de 1955, § 19.

²³ *Ibidem*, § 17.

²⁴ *PC*, 6 § 3.

²⁵ *PC*, 6 § 4.



José también nos enseña el valor, la dignidad y la alegría de comer el pan como fruto del propio trabajo, lo que reclama un salario justo y unos medios que no obstaculicen la vida de familia y la participación responsable en la vida social.

De ahí el deseo del papa, que se convierte en grito de esperanza: *“¡Ningún joven, ninguna persona, ninguna familia sin trabajo!”*²⁶

7. Padre en la sombra.

El séptimo y último “destello” de los señalados por el papa Francisco en la Carta apostólica sobre la paternidad de san José tiene un sello de transparencia evangélica de primer orden. Considera el papa que san José es, para Jesús, como la sombra del Padre celestial en la tierra: lo auxilia, lo protege, no se aparta jamás de su lado para seguir sus pasos, y esto vivido en la sombra, desde el silencio activo y comprometido. Este saber vivir como en un segundo plano otorga a san José un protagonismo de luminoso rasgo evangélico, porque nos habla de la humildad, de la sencillez, de la moderación, de la docilidad... La luz de Jesús se expresa en su infancia enmarcada por su madre, María, que se reconoce en “la humillación de la esclava”²⁷ y el estar en la sombra de José, que hizo las veces de padre.

Así ejerció José la paternidad durante toda su vida, realizando su misión de custodio del Señor como una ofrenda de sí mismo, desde la obediencia alegre y confiada, asentada en la fe, alejada de apariencias, de trazas, formas y discursos preconcebidos. Estar en el momento y el lugar oportuno, responder con valentía creativa a los desafíos que presentaba el día a día, sin dar noticia con bocina, sino desde el silencio y el anonimato, es actitud de los hombres grandes, de los testigos veraces, de los apóstoles creíbles.

Este vivir en la sombra, este saber desaparecer, para que el otro crezca, es un signo de santidad. Y san José es un modelo indiscutible, que nos impulsa a implorar su intercesión e imitar sus virtudes. La gran enseñanza de san José para los cristianos de todos los tiempos es esa fidelidad anónima, asentada en el amor y en la entrega de sí mismo, para la misión que Dios le encomendó. Y esa enseñanza la expresa san José a través de su elocuente silencio.

En un mundo y una cultura envuelta en máscaras, donde el “personaje” suele ocultar a la “persona”; donde los medios de comunicación incitan a la clonación de las máscaras, de las apariencias, sin base y fundamento alguno de hondura humana, de honradez, de justicia o de bondad; donde brotan personajes a cada hora, que duran lo que la flor de un día, sin sedimento alguno de valores fundantes, hacen falta testigos que quieran y sepan ser sombra que protege y acompaña, que permite que el otro crezca y destelle, sin que se note el paraguas de custodia y protección que el padre, la madre, el maestro, el amigo suponen en la vida del hijo, del alumno, del amigo.

²⁶ *Ibidem.*

²⁷ Cf Lc 1, 48.



Ser padre en la sombra... El papa habla de una paternidad común. Ser padre *“no se hace sólo por traer un hijo al mundo, sino por hacerse cargo de él responsablemente. Todas las veces que alguien asume la responsabilidad de la vida de otro, en cierto sentido ejercita la paternidad respecto a él.”*²⁸

En este momento histórico, acuciados por la pandemia y las crisis que provoca en tan variados y diversos ámbitos de la vida, nos estamos encontrando con personas -¡y familias!- heridas, desorientadas, desesperanzadas, que no vislumbran un horizonte posible de luz y de esperanza. Es necesario que los cristianos demos un testimonio veraz de esperanza, por eso ponemos los ojos en san José y descubrimos en él esa “paternidad en la sombra” que es luminosa –gozosa contradicción– porque evoca una paternidad superior. *“En cierto sentido, todos nos encontramos en la condición de José: sombra del único Padre celestial, que «hace salir el sol sobre malos y buenos y manda la lluvia sobre justos e injustos» (Mt 5,45); y sombra que sigue al Hijo.”*²⁹

Una propuesta a dar lo mejor de nosotros mismos en este tiempo de esperanza evangélica para un mundo roto, como vamos heredando. Es hora de sentirnos acogidos, protegidos, amparados por la siempre eficaz intercesión de san José. Que él cuide nuestra vida, nuestra salud; proteja a nuestras familias, nos fortalezca en nuestras tareas y responsabilidades y nos acompañe en el camino de la vida como testigos creíbles del evangelio de Jesús, para que el mundo crea.

Acerca del autor

Nacido en Málaga. Realiza estudios eclesiásticos en el Seminario diocesano de su ciudad, al tiempo que adquiere la Licenciatura en Geografía e Historia en la Universidad malacitana. Ingresó en la Orden de San Agustín en el Monasterio de El Escorial, profesando en 1979, concluyendo los estudios teológicos y siendo ordenado sacerdote en 1982. Ha ejercido la docencia en diversos colegios de la Orden: Salamanca, El Escorial, Málaga y Palma de Mallorca. Durante años fue formador en los seminarios de la Orden de Salamanca y El Escorial, impartiendo materias de Historia de la Orden y Teología Pastoral en el Instituto Teológico Escorialense. Durante ocho años impartió estudios teológicos en los cursos universitarios de la St’Thomas University de Miami (Florida) con sede en el R.C. Universitario “Escorial-María Cristina” de El Escorial, de donde fue Vicerrector. Impartió durante ocho años materias de teología de la Vida Religiosa en la Escuela Regina Apostolorum, adjunta al Instituto Teológico de Vida Religiosa de los PP. Claretianos de Madrid. Ha coordinado cursos de Formación Permanente para religiosos, dirigido numerosos ejercicios espirituales y charlas formativas por la geografía nacional. Actualmente es Rector de la iglesia de Ntra. Sra. del Socorro, de los agustinos de Palma de Mallorca.

²⁸ PC, 7 § 2.

²⁹ PC, 7 § 7.